

RESTOS DE ARTE ROMÁNICO EN LA PROVINCIA DE VALLADOLID

En las visitas que el Seminario va efectuando por estas tierras, halla a menudo restos y reliquias de monumentos viejos que, aisladas, apenas darían motivo más que para una nota ligera, pero que, en grupo de hallazgos, ya ofrecen volumen suficiente para la formación de un breve trabajo, descriptivo, y, hasta donde sea posible, con intentos de comparación y de crítica modesta.

Aquí, ahora, se da este caso con partes de arquitectura románica, descubiertas acá y allá, al azar de las excursiones, y conservadas como restos en iglesias rurales, muy reformadas y atropelladas al correr de los siglos.

Afortunadamente, queda casi siempre la cabecera de esos humildes monumentos, o sea lo más antiguo de la construcción primitiva, y lo más rico, dentro de la pobreza propia de tales edificios.

Un grupo, casi exclusivamente de testeros románicos, es, pues, lo que ofrecemos en las líneas que siguen, y no creemos que con ellos quede agotada la lista de los inéditos. Si aparecieran más, andando el tiempo, aquí irán hallando cobijo, según la suerte nos los vaya deparando.

I.—Iglesia Parroquial de San Miguel de Trigueros.

Planta (fig. 1.^a): una sola nave primitiva, estrecha, partida en tramos por respondimientos, de los que sólo queda alguno, correspondiéndoles contrafuertes, alguno también subsistente. Cubierta de cañón con fajones perpiaños, que hoy son apuntados, como el toral de paso al ábside, redondo éste, y con bóveda de horno, al interior. A esta planta se le añadieron capillas en el siglo xvi, más otra nave al Evangelio en el xviii y se caló todo el muro viejo de esta parte con arcos enormes, e igualmente en el tramo alto de la Epístola para entrada a la capilla de ese lado. La desproporción que se aprecia por

exagerada largura de la nave, cabe acaso explicársela, reparando en

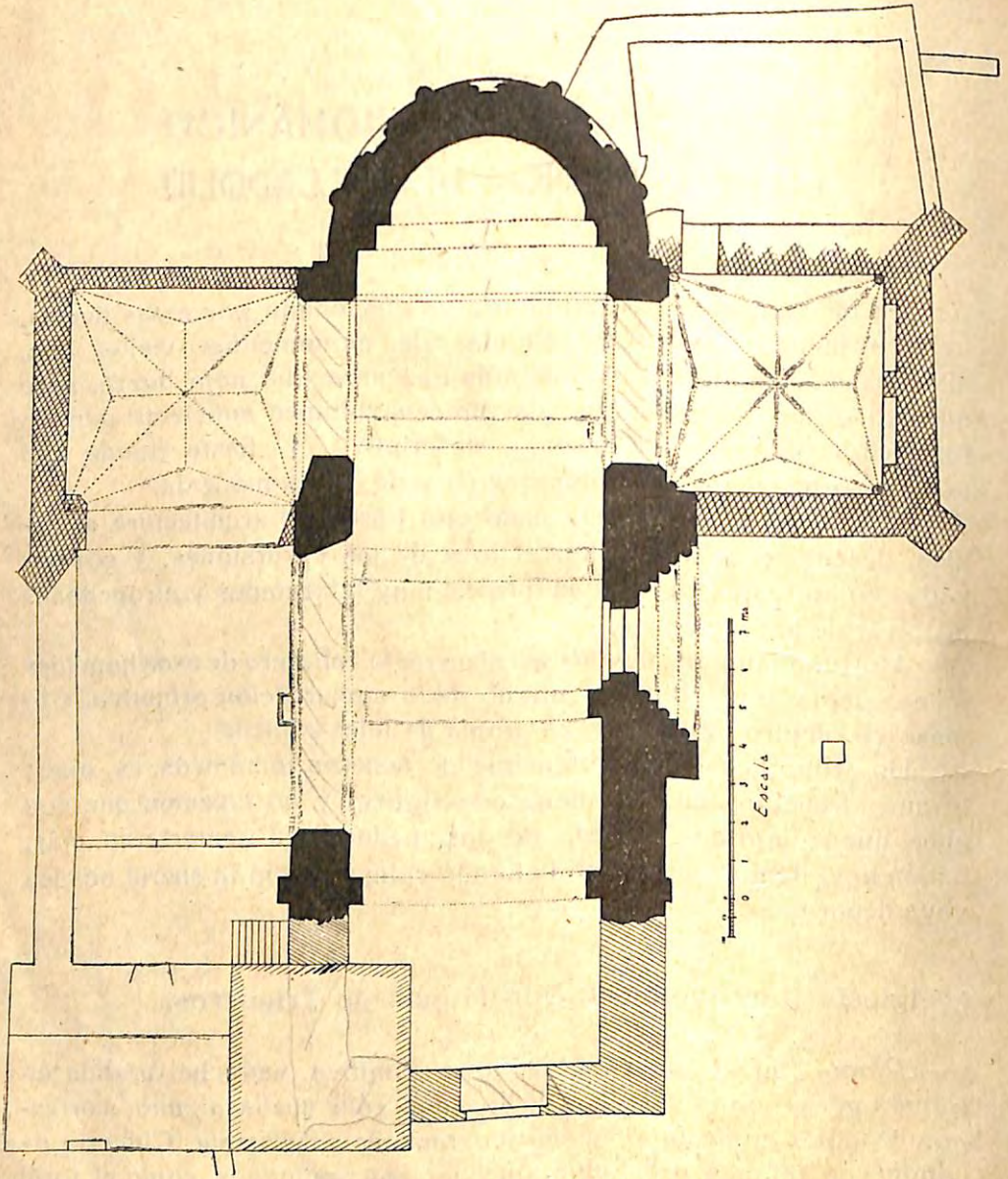


FIG. 1.^a—Trigueros. Planta de la iglesia. (Gráf. del S. E. A. A.)

que el último tramo hacia los pies pudo ser añadido, para buscar aumento de capacidad.

En efecto, por el exterior se ve claramente que, a partir del

último contrafuerte, hasta el hastial, el aparejo es de mampostería, contra lo restante anterior que todo es de sillería bastante buena.

Por entonces se le añadiría también la torre y algún otro recinto colindante. La sacristía, al Sur del testero, es también del siglo XVIII.

Cabecera: un ábside torneado, partido en cinco paños por columnas altas, sobre banco de borde escalonado, por desnivel en el terreno. Las columnas apoyan, pues, a diferentes alturas: sus basas son de un solo bocel, filete y escota que se une ya al fuste.

Aparejo de sillares buenos, aunque en hiladas de diferentes alturas.

En tres paños del tambor, ventanas de medio punto, de doble rosca, de gran dovelaje la exterior y esquinada. La interior lleva moldura de grueso baquetón y va sobre columnas acodilladas, cortas y gruesas, cuyas basas están talladas en tronco de cono rematado por un bocel, para asiento del fuste.

Sólo visibles dos ventanas y, de ellas, en una, destrozados los capiteles. Únicamente la del eje puede apreciarse: sus capiteles están decorados con cabezas humanas, aplastadas, toscas, y una de ellas entre piezas como piñas. Cimacios achaflanados, con una labor geométrica como de red o de cestería, en rombos a bisel. El hueco de luz, estrechísimo, como aspillera. Rodea a todas las ventanas una guarnición semejante a los cimacios descritos, y luego corre por los lienzos del ábside como moldura, sin ceñir a las columnas grandes.

Éstas, llegan al alero y lo soportan mediante capiteles que representan: corona de hojas como de palmera, otras erectas, y sirena de dos colas junto a otra figurilla.

Entre ellos, el juego de canecillos: unos, simples, en nacela siempre, con bolas, con estrías en espina de pez; figuritas acurrucadas, de lado; trenza de dos ramales: piñas o cosa parecida; otras figurillas acurrucadas de frente, como atlantes del alero; otra que parece león encogido; otra mostrando algo como en Frómista, igualmente acurrucada. El alero vuela bastante y está moldurado con dos bocelos separados por escota o canal. Pocas marcas de cantero. Las principales, aspa, llave estilizada, y una larga raya que corta en diagonal la cara entera del sillar: las tres muy repetidas.

A este ábside, y sin la interposición del acostumbrado tramo recto más estrecho, se une una sola nave de casi igual luz que el toral. Queda visible el muro Sur, salvo el último tramo de los pies, rehecho. En ese muro y en cuerpo saliente, una gran puerta abocinada de

siete arquivoltas que arrancan de jambas esquinadas, alguna achaflanada, y de tres pares de columnas acodilladas. Sus basas son del mismo extraño perfil que las de las ventanas absidales. De los capiteles pocos pueden descifrarse, son: sirena de doble cola, cogollo de hojas ceñidas al tambor y abriendo luego, y red de galones entorchados.

Todos los cimacios de la derecha llevan esa misma decoración de galones trenzados; los de la izquierda, en cambio, filas de tacos menudos, y siempre sobre moldura de chaflán. Las arquivoltas son baquetonadas y entre los boceles van tallados motivos semejantes a lo visto; o sea: series de taquitos, galón con perlas; trenza de dos ramas y dentro de sus meandros unos taruguillos en tronco de pirámide; flores en punta de diamante; fila de hojas como hierro de lanza, sobre serie de relieves de hojas pareadas con bolas; más galones entorchados y guarnición final de tacos pequeños. alguna arquivolta lleva su frente y su intradós decorado con dientes de sierra formados por galoncillos cargados con cabezas de clavo pequeñitas.

La portada, aparentemente, es de gran estilo, pero examinada con cuidado se advierte pronto su tosquedad. Es uno de tantos ejemplares derivados de tipos no raros en nuestra comarca y frecuentes en el S. O. francés y en lo zamorano.

El muro donde se abre ofrece marcas de cantero totalmente distintas del ábside, sin embargo de ser la puerta contemporánea de aquél, por lo menos en sus elementos bajos, según evidencian las basas de columnas del mismo perfil en las dos obras.

El interior está ya descrito al hablar de la planta.

A pesar de los añadidos y cambios profundos sufridos por la iglesia, queda aún bien patente su vieja disposición de nave única cubierta de medio cañón, dividido en cinco tramos mediante cuatro arcos perpiaños que arrancan de pilastras lisas o respondimientos. A los arranques, imposta corrida de chaflán cuya encaladura veda sospechar si se halla decorada. Arcos y bóvedas apuntados, pueden obedecer a una reconstrucción de la cubierta, en el siglo XIII, tras algún trastorno que denuncia el desplome de los muros, hacia los pies.

Aceptado el supuesto, el cañón y los arcos cerrarían antes en medio punto, e igual cosa acontecería en el toral, hoy también agudo, aunque levemente. Éste, que es doblado, carece de columnas y sus apoyos son jambas esquinadas con imposta achaflanada en lo alto, y correría asimismo por el hemiciclo al arranque de su casquete.

Corroborara la hipótesis de una reconstrucción de bóvedas, la circunstancia de que el alero y la serie de canes que lo reciben, son de obra posterior al ábside y a la puerta, descritos, y fácilmente fechables como dentro del siglo XIII; todos de nacela; y así también restos de guarnición de ventana o de rosa en el hastial.

A la iglesita, que resultaría pequeña, se le añadieron en el siglo XVI dos capillas al Norte y al Sur, como formando brazos de crucero. Para comunicarlas con la nave, abrieron arcos rebajados muy grandes, con lo que las pilastras de apoyo de perpiñones quedaron cortadas y colgadas rematando en repisas. De estas capillas, una, la del Sur, sirvió de enterramiento a patronos cuyas estatuas yacentes, bajo lucillos, allí se conservan, sin inscripción que aclare nombres ni circunstancias de los sepultados. Cubren a cada recinto bóvedas estrelladas, de terceletes, con florones en los cruces y escuditos en las ojivas, y todo arranca de columnas alojadas en los rincones. Por fuera de estas capillas resisten los empujes, gruesos contrafuertes angulares.

Todavía pareció poco esta ampliación, y pegada a la capilla del Norte se añadió un trozo más de nave, que se comunica con la vieja mediante otro vasto arco achaparrado que perfora el enorme espesor del muro primitivo. Así en él, todos los respondimientos interiores y los contrafuertes, que en lo que era exterior les correspondían, han quedado cortados y sobre repisones. El croquis de la planta explica bien el caso.

Y en fin, por el siglo XVIII, se le agregó al templo una sacristía, junto a la cabecera y con luces al Mediodía, de modo que el ábside resulta envuelto por ella en no poca parte.

* * *

La tierra de Trigueros figura en manos de la familia Asúrez desde fines del siglo XI, cuando Fernando Ermegildiz vende al Conde el monasterio de San Tirso allí fincado. Después, en 1129, una hija del Conde, doña Mayor, cede al monasterio de San Zoil de Carrión otra iglesia que posee en Trigueros: Santa María.

Después de esa fecha hay que suponer la fundación del templo de San Miguel, aunque tal vez le convenga mejor acercarla a mediados del siglo XII; la puerta del Sur, desde luego puede entrar en la segunda mitad de esa centuria.

De todos modos, no será prudente rechazar el supuesto de que

por entonces debió efectuarse obra en iglesias de Trigueros, y de ello sin duda se benefició el monasterio de Carrión. Que una de las iglesias de 1129, o de poco después, sea esta que va descrita, en su parte más vieja, bien posible parece. Aceptemos, pues, provisionalmente, lo aventurado para la edificación de lo primitivo del monumento: el ábside. De entonces, hasta doblada la mitad del siglo, para la puerta, cuyos temas geométricos no aparecen en aquél, aunque sí la sirena de doble cola..., y de entonces también los muros de la nave en su parte baja. Luego, ya está dicho lo que cabe pensar sobre posteriores vicisitudes.

La planta de la iglesia de Trigueros (fig. 1.^a) y su abovedamiento,

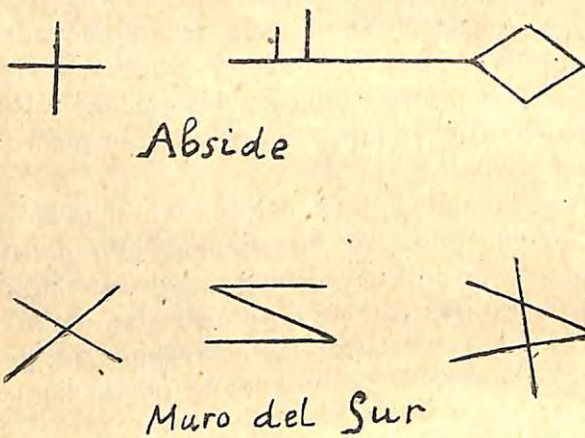


FIG. 2.^a—Marcas de cantero en la iglesia de Trigueros.

tan sencillos, recuerda disposiciones de otros templos rurales del mismo arte, pero todos de gran vejez: uno de ellos, el de Corullón, y a tales arcaísmos van bien las figuras de canchillos, parientes de otros de Frómista, como se dijo, y las molduras de tacos pequeñitos. De la serie de monumentos aquí agrupados, puede, pues, ser este de Trigueros el más antiguo,

aunque se le empareja la cabecera de Villafuerte, contemporánea suya, para la talla de cimacios y de algunos canes, de la misma mano.

No puede eludirse aquí una advertencia sobre las marcas de cantero observadas en esta iglesia (fig. 2.^a). La de la llave, idéntica, aparece en el muro Norte de la colegiata de Toro, obra zamorana, de la segunda mitad del siglo XII. Posible sería que el cantero de Toro trabajase antes en el ábside de Trigueros, pero sólo posible. Entonces, habría que considerarlo obra precedente, pero cercana a la Colegiata. El parentesco de las puertas es significativo, además.

Cierto que una marca lapidaria, es poca base para formular cualquier hipótesis sobre la identidad del cantero, y cierto también que esas señales, semejantes y aun idénticas abundan en distintos

monumentos, sin que ello signifique cosa mayor, pero aquí el signo es singular y su traza exacta en los dos monumentos. Ello ha contribuido a que le concedamos más atención y apreciemos el caso como un dato para la cronología del ábside de Trigueros (Láms. I a V).

II.—San Miguel de Iscar.

El ábside de S. Miguel, semicilíndrico, está aparejado por sillares bien despiezados, aunque de diferente tamaño: los de la hilera de la parte baja del tramo son los mayores. Varía también la clase de la piedra, y ello se aprecia fácilmente por la diferencia del color: oscuros los de la parte inferior, en contraste con los superiores, blancos y calizos. Un banco de pequeño resalto y perfil achaflanado corre en torno del tambor del ábside. Sobre este banco apoyan dos columnas que suben hasta el alero y hacen que el ábside quede dividido en tres tramos iguales. En los ejes de cada tramo y a media altura hay ventanas de arco de medio punto de doble rosca; la más alta de éstas lleva guarnición de tacos pequeños. Voltean sobre dos columnas de delgado fuste y basas áticas, con grueso y bajo bocel sin garras. Los capiteles de esas columnas ofrecen hojas revueltas, menudamente picadas, de excelente labra y buen estilo. Entre ellas aparecen bichos pareados, volviendo las cabezas, y un par de leones con cabeza única, en el ángulo, no faltando tampoco la representación humana en algunas figuras revueltas con hojas. Los cimacios achaflanados van retallados con series de roleos de tallos que rodean a flores estrelladas, de cinco pétalos. Las grandes columnas adosadas se coronan con capiteles de hojas, entre los que asoman, en los ángulos, cabezas humanas en un caso, y pomas en otro; también se observa una figurilla humana descabezada entre dos leones.

Canecillos.—Enumeraremos aquellos que hemos podido apreciar más claramente: modillones de cinco rrollos en perfil de nacela, cabezas de león con la lengua fuera, cabezas de lobo y humanas, parejas de rosáceas de ocho puntas, volutas, etc.

El alero es de moldura de nacela, apreciable bien tan sólo en ciertas partes, por estar en otras muy descompuesto. Quedan a la altura de la ventana los mechinales del andamiaje primitivo.

En el interior se conserva de lo antiguo el santuario y el tramo precedente. Éste muestra restos de una imposta achaflanada de escaques al arranque de su cubierta que sería de cañón y que hoy no

existe, sustituida por una bóveda moderna. La capilla, semicircular, se decora con idéntica imposta, y sobre ella voltea la cubierta de horno. Al hemiciclo da entrada un gran arco toral de medio punto, doblado.

Las dos grandes columnas adosadas, de basa ática, que sirven de soporte al arco toral se rematan con capiteles historiados muy interesantes. En el del Evangelio aparecen de frente dos personajes en diferente actitud: uno, con túnica semitalar y sobreveste abierta en curva hacia adelante, recoge los brazos sobre el pecho como en súplica u oración. El otro, a la izquierda del anterior, lleva la túnica más corta empuñando con la diestra, a la altura del hombro, una lanza cuyo cuento apoya directamente sobre el collarino; con la siniestra sostiene la rienda de una cabalgadura de orejas grandes que no puede apreciarse con detalle a qué especie pertenece, aunque muy bien pudiera ser un caballo que soporta un jinete sentado al parecer: el caballo o lo que sea, ocupa el costado del capitel hacia el altar.

En el otro costado que mira hacia la nave está representado un león de rostro humano, que revuelve la cola sobre el lomo. Este capitel se halla rematado con cimacio robusto, achaflanado, y sobre él, parejas de aves, como patos, con los picos hacia los ángulos.

En el capitel del lado de la Epístola, se efigia el grupo de Adán y Eva, cuyos brazos derecho e izquierdo respectivamente señalan a la serpiente, con cabeza de mujer, que aparece entre ambos enroscada al árbol. En uno de los testeros una sirena de dos colas y en el otro un ave que abate la cabeza, como si estuviese picando el collarino. En el cimacio de este capitel leones emparejados vuelven sus cabezas los del frente y las juntan en los ángulos con otros leones de los costados, entrelazando sus colas después de pasar bajo sus patas traseras. Debieron estos capiteles estar policromados primitivamente y hoy lo están también de chafarrirones modernos que con las encaladuras sucesivas han embotado mucho los relieves. La obra vieja de San Miguel de Iscar cabrá bien en el arte de la primera mitad del siglo XII. Y no andaré lejos de lo semejante visto en la iglesia de Trigueros (Láms. VI y VII).

III.—Iglesia de Piña de Esgueva.

Otra cabecera de hacia mediados del siglo XII, ya bien andado. El ábside de la iglesia de Piña de Esgueva ofrece particularidades características. Es de buena sillería, si bien la labra y el tamaño de

los sillares no sea regular; se encuentra dividido en tres lienzos que conservan en sus ejes ventanas redondas y hoy casi deshechas. La división de los lienzos se hace por caso poco frecuente, mediante robustos estribos, como contrafuertes que suben hasta el alero. Aparece en este ábside otro elemento de que carece el de San Miguel de Iscar: es la moldura que como prolongación de los cimacios de las ventanas corta todo el tambor, incluso los estribos. Estos huecos que están bastante descompuestos conservan restos de los dos pares de columnas acodilladas que en cada ventana existieron y que eran cortas y gruesas. Las basas, áticas, se componen de bocel inferior muy robusto, alta escota, y otro bocel menor. El grupo de capiteles, de basta labra y pesada silueta, se decora con temas vegetales: piñas, largas hojas muy labradas y de finas nervaduras talladas a bisel, vástagos revueltos (tal vez pámpanos de la vid), etc. Como excepción, en uno de estos capiteles está representada una sirena con dos colas. Los cimacios, como los de los anteriores ábsides, son achaflanados y su ornamentación es un sencillo trenzado que se continúa, al seguir su labor, por la moldura que corre a la altura de aquéllos, también achaflanada.

Las ventanas absidales cierran a medio punto, con doble rosca; la exterior, de dovelas muy grandes, dejando un hueco estrecho como aspillera, y en la estructura de estos huecos hay semejanza con los de San Miguel de Iscar. La arquivolta mayor, lisa en dos ventanas de Piña, está moldurada en la central, abocinando mediante dos bocelos separados por ancha escota cargada de gruesos botones, y su guarnición, que en los otros huecos es también de sencilla moldura achaflanada, en este medial va retallada con flores en punta de diamante, según lo de Villafuerte, por ejemplo.

Los canecillos del tejeroz insisten en los temas comunes a la comarca y a la época. En varios de ellos se representan cabezas de lobo, y en otros dos piñas colgadas de un vástago, una liebre acurrucada, volutas, etc. Todos en perfil de nacela, y algunos sobre los mismos estribos, pues el alero vuela mucho, perfilado en chaflán. (Lám. VIII).

IV.—San Miguel de Villafuerte.

De la iglesia de San Miguel de Villafuerte queda, antiguo, la cabecera y el muro Sur de la nave. Aquélla se forma con un tramo recto muy prolongado que remata hacia Oriente en ábside redondo.

El tramo está francamente acusado al exterior, donde se aprecia su inusitada largura. Del ábside, que carece de columnas y de estribos, ha desaparecido el aparejo por obra de sucesivos revestimientos; en el eje perdura una ventana de arco de medio punto, sostenida por dos columnas acodilladas, altas y finas, y cuyas basas tienen bocel bajo y listel.

No se pueden distinguir con precisión los capiteles, que están casi totalmente deshechos, así como el cimacio cortado en bisel. Cierra el hueco de medio punto una doble arquivolta, baquetoneada en la rosca inferior, y guarnecida con flores cuadrifolias en punta de diamante, en la de afuera.

Cabría suponer que en otro tiempo corriese una moldura a la altura de los cimacios, pero ello es dudoso, por cuanto ejemplares parecidos carecen de tal decoración.

Los canecillos del tejeroz son de inventiva bastante modesta, aunque con cierta variedad en cuanto a motivos de ornamentación. Por ejemplo: estrellas o flores de cuatro pétalos en aspa, rosáceas geometrizadas de cuatro hojas grandes, modillones de tres rollos, nacelas estriadas, otras con bolas colgando, pareja de objetos gemelos, con piñas iguales a las de Trigueros; un tonel sujeto con cuerdas, un florón en forma de cabeza de clavo, una cabeza de bicho semejante a la de un lobo, un compás de cantero y otro utensilio como mazo o escoda y, en fin, una figura humana, al parecer sentada. El perfil de todos estos canes es de nacela.

El alero se conserva regularmente también en el muro S. de la nave, donde sigue la moldura de nacela que apoya sobre canecillos semejantes a los anteriormente citados.

Este ábside, por su desnudez y lisura, sin apoyos, sin molduras corridas, con un solo hueco en el eje, se acerca al prototipo de San Esteban de Gormaz y se aleja en cambio en los otros ejemplares agrupados en este trabajo. Todo el exterior de la cabecera descrita, puede corresponder a la primera mitad del siglo XII.

En el interior esta cabecera ha sido reformada, probablemente en el siglo XIII y de entonces será la imposta de chaflán que corre al arranque de las cubiertas, consistentes en un cañón apuntado para el tramo, y casquete de horno también apuntado para el ábside.

Un gran arco toral que apoya en columnas recalzadas por plintos, da entrada a la capilla. Las columnas, de basas áticas, desarrollan un bocel bajo, achatado, listel, escota y bocel fino. Los capiteles de estas columnas se decoran: uno con hojas alancetadas y

vástagos como cintas, entre los que asoman en los ángulos cabezas de animales, y el frontero muy rozado y deshecho, a un costado, con relieve descompuesto que parece querer representar una lucha de monstruos, y al otro costado con un animal hembra amamantando a dos crías. Los cimacios, achaflanados, se cubren con una labor de rombos como panal de abejas, tallados a bisel, e iguales a otros del ábside de Trigueros.

En el muro S. de la nave se abre una puerta con dos pares de columnas acodilladas y arquivoltas guarnecidas de una rosca con puntas de diamantes; obra contemporánea de la cabecera. Esta y toda la obra vieja del templo, entra bien en mediados del siglo XII.

El resto del templo es de obra morisca y conserva una buena techumbre de lazo, policromada, del siglo XVI (Láms. IX a XI).

V.—Iglesia de Canillas de Esgueva.

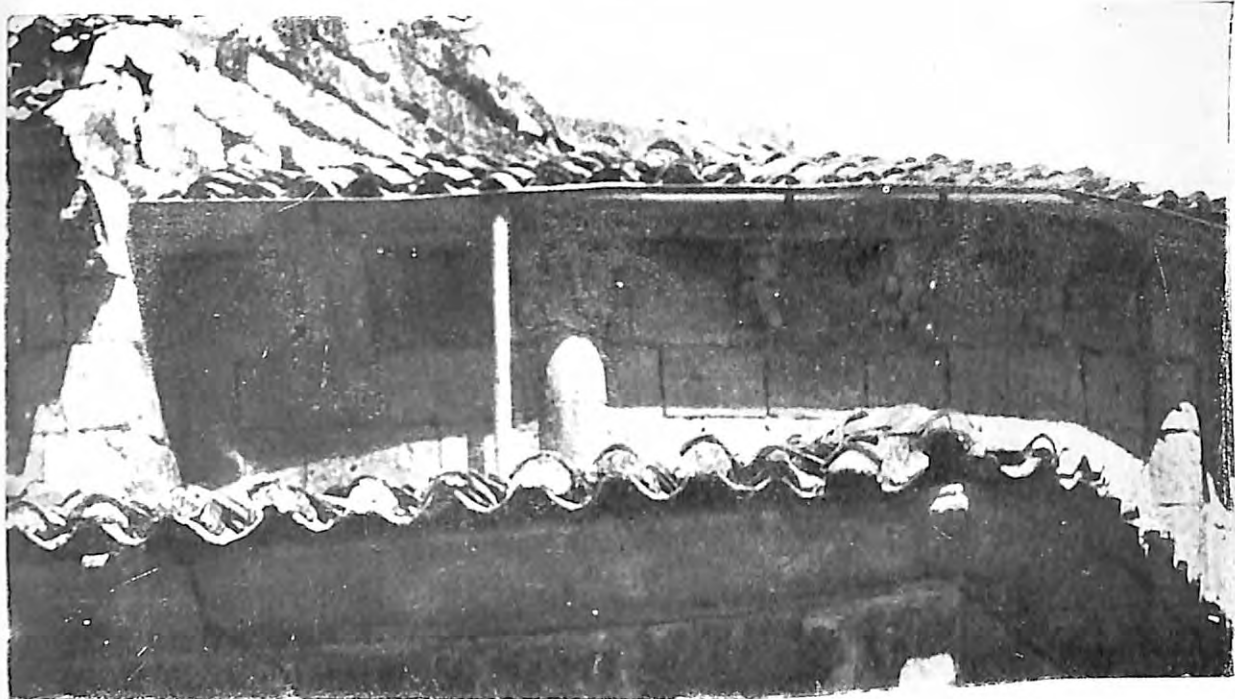
Otro ábside románico: el de la iglesia de Canillas de Esgueva. Poquísimo es lo que se conserva de él. Redondo, sencillo y liso, debe ser de sillares, pero hoy se encuentra en su totalidad revocado, y oculto el aparejo. Tuvo probablemente tres ventanas en su origen, rehechas modernamente. El tambor del ábside está asentado sobre un banco bajo muy saliente. El alero es lo único antiguo que se advierte, pero sus canecillos que siempre tienen interés, se encuentran por desgracia deshechos.

No es aventurado calcular la fecha de estos restos hacia mediados del siglo XII, como casi todo lo visto para estas notas.

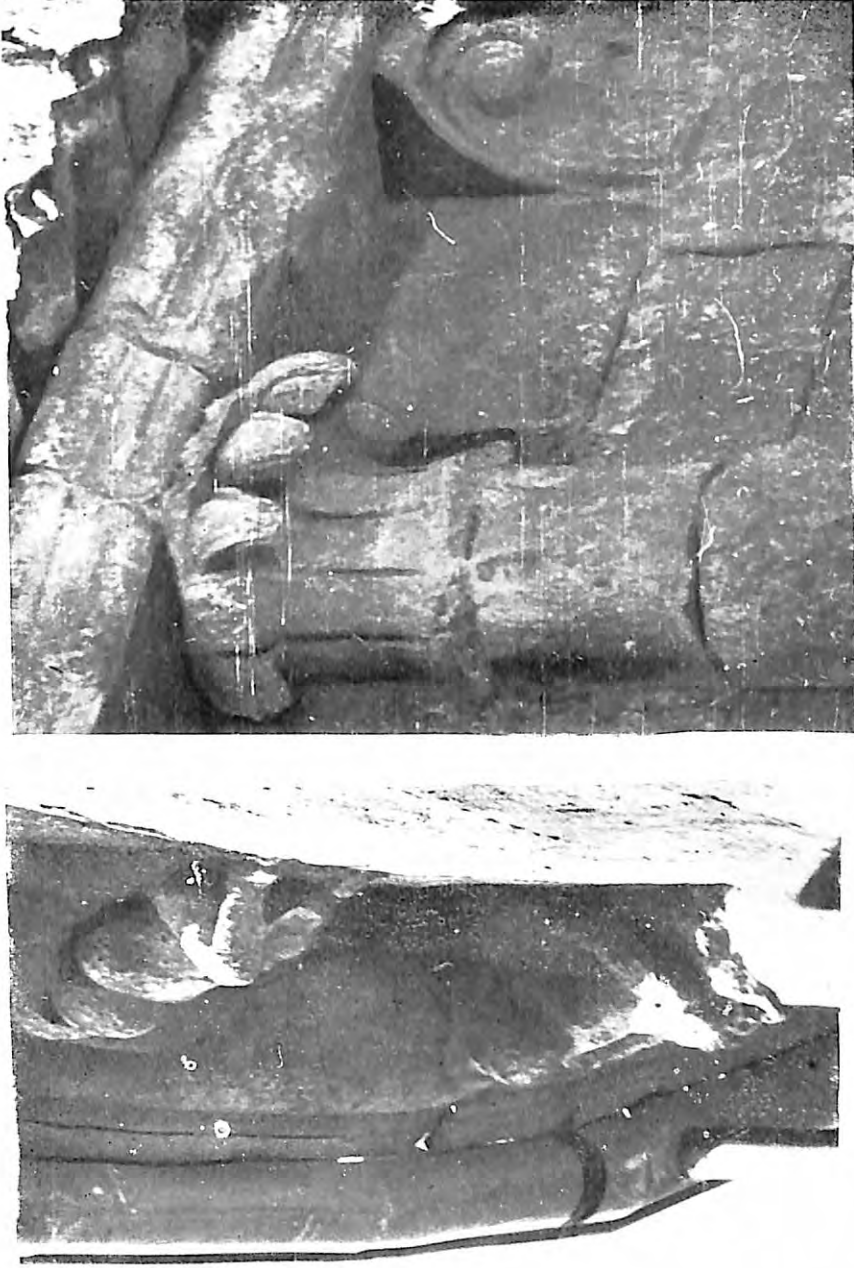
JOSÉ M.^a DEL MORAL.



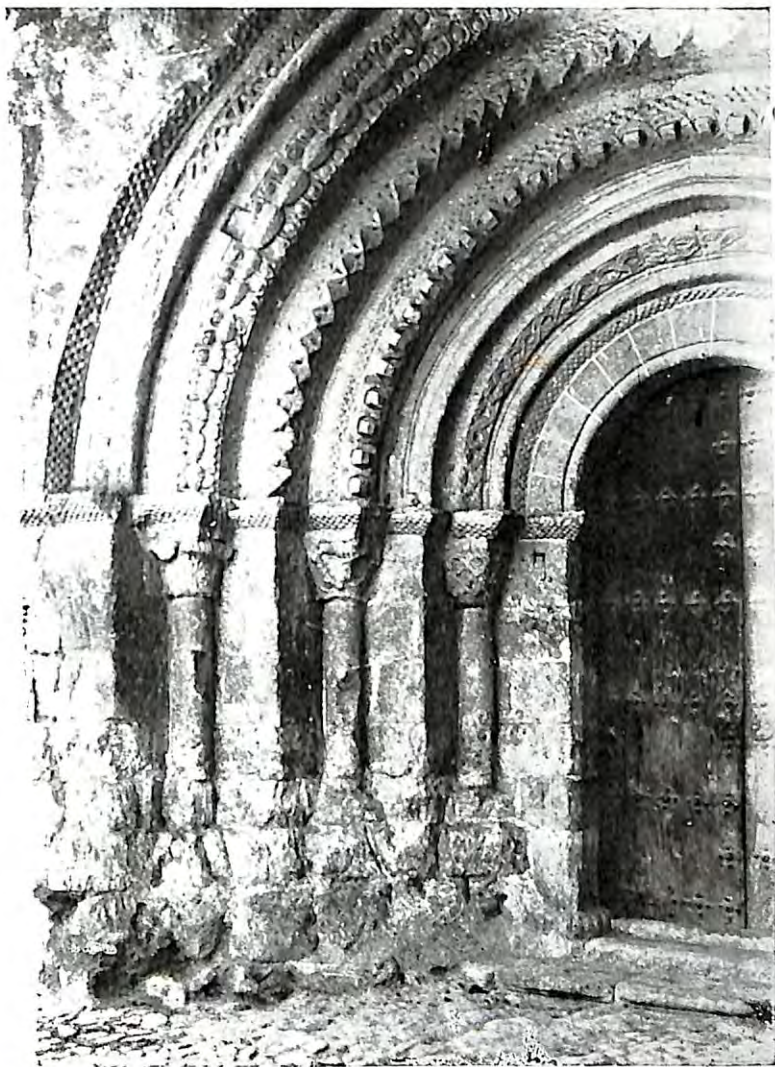
*L. AM. I.—Trigueros del Valle. Abside de la iglesia parroquial
(Fot. del S. E. A. A.)*



LAM. II. *Trigueros del Valle. Detalles del ábside de la iglesia. (Fot. del S. E. A. A.)*



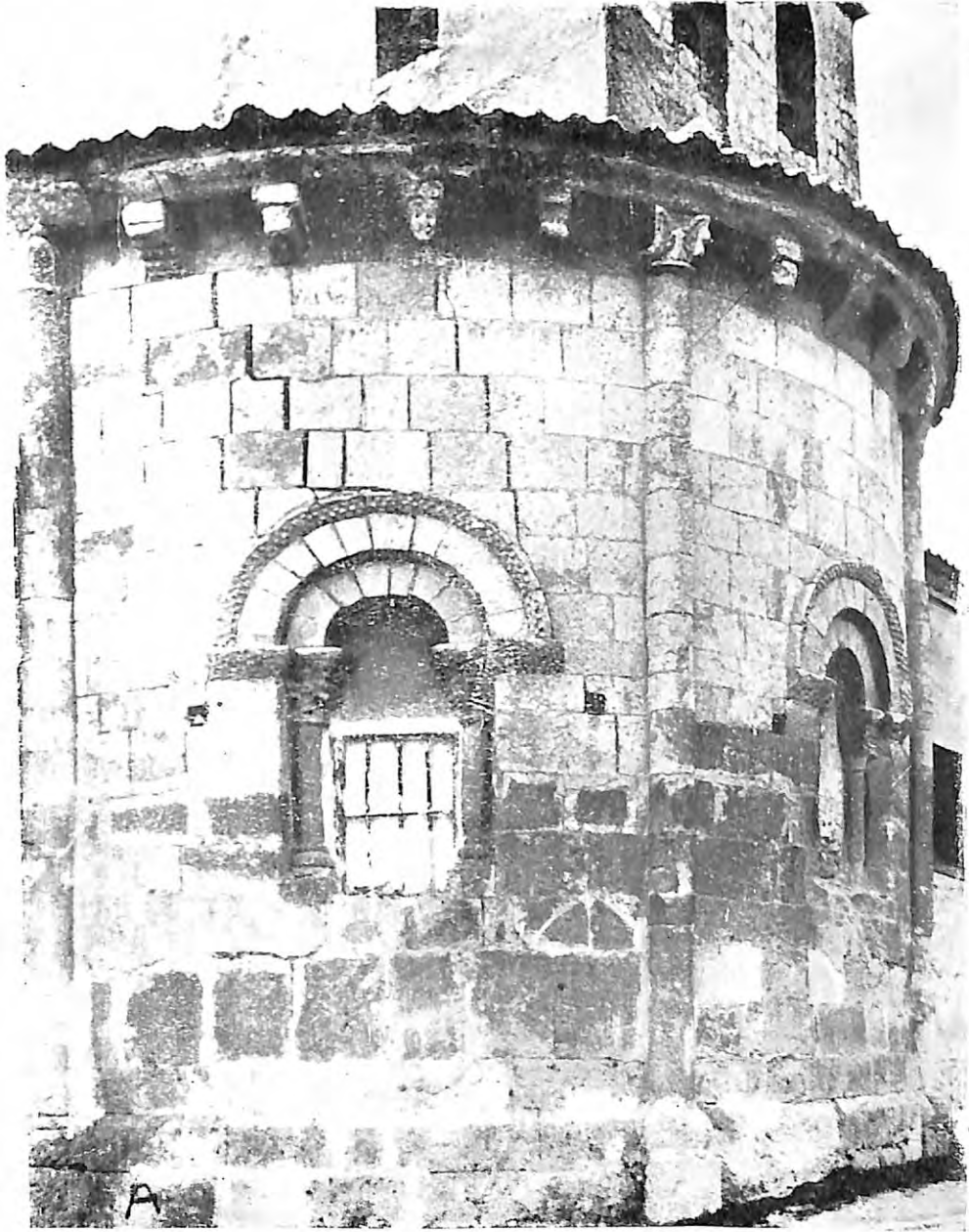
L.A.M. III.—Trigueros del Valle, Iglesia parroquial. Detalles de su ábside. (Fot. del S. E. A. A.)



L. 1 M. II.—Iglesia de Trigueros del Valle. Puerta meridional
(Fot. del S. E. A. A.)



L. A. M. V. Iglesia de Trigueros. Interior de la nave
(Fot. del S. E. A. A.)

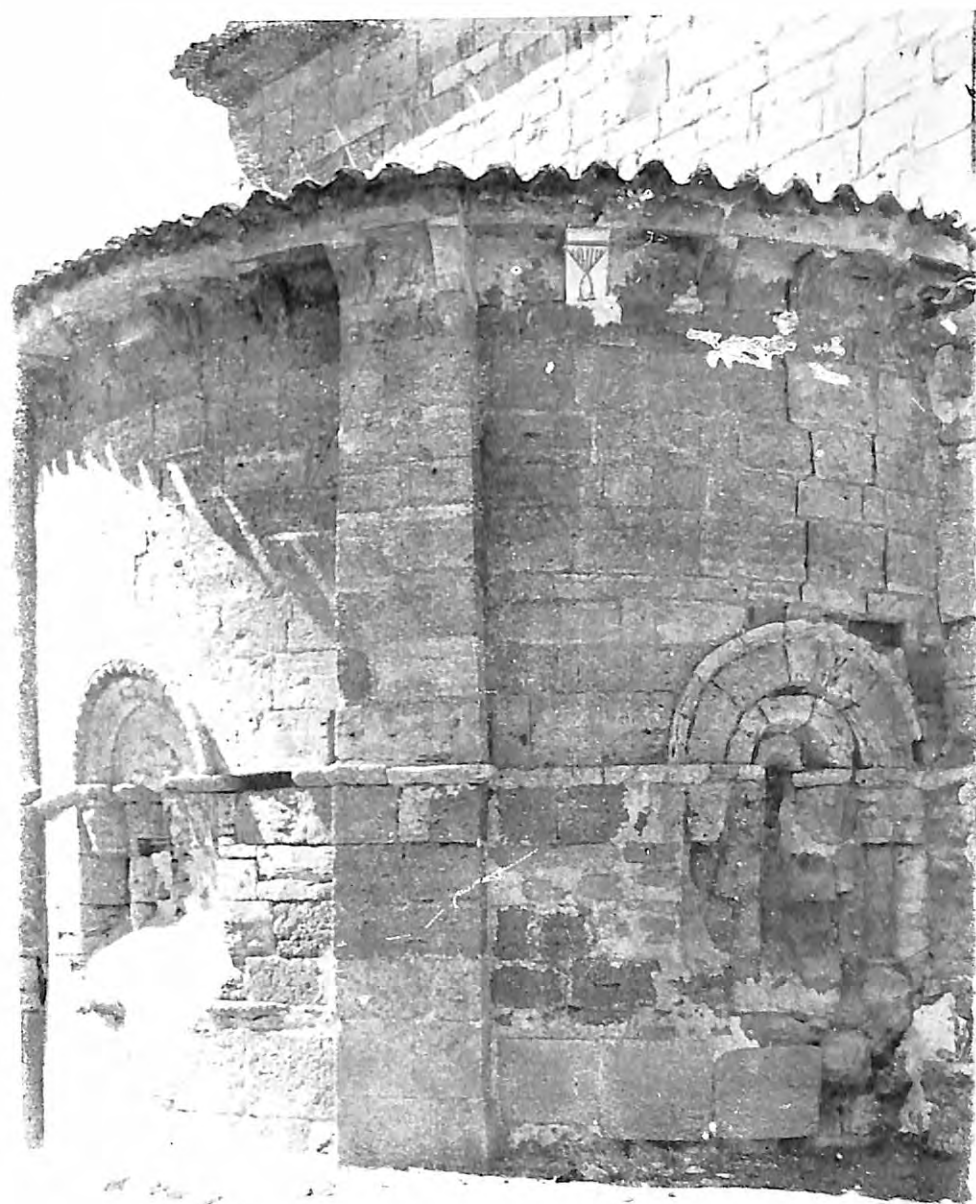


*L.A.M. VI.—San Miguel de Iscar. Exterior de su ábside
(Fot. del S. E. A. A.)*



*L. A. M. VIII.—Piña de Esqueva. Abside de su iglesia parroquial.
(Foto S. E. A. A.)*

El pie de esta lámina
corresponde a la siguiente.

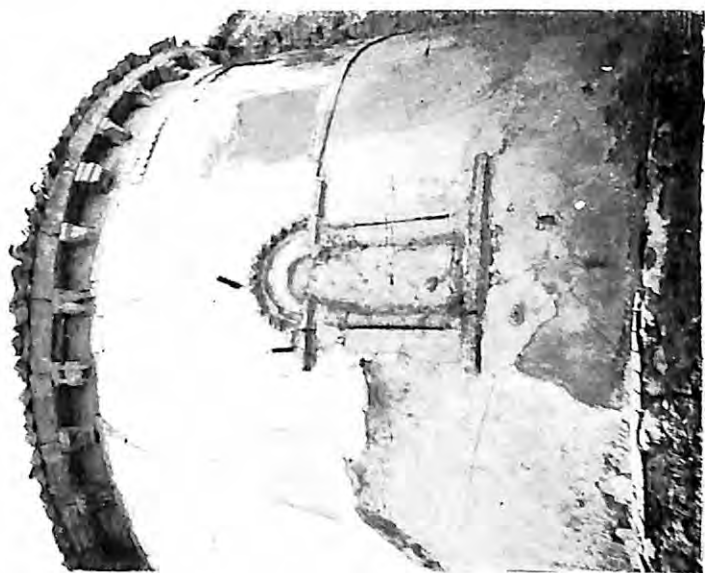
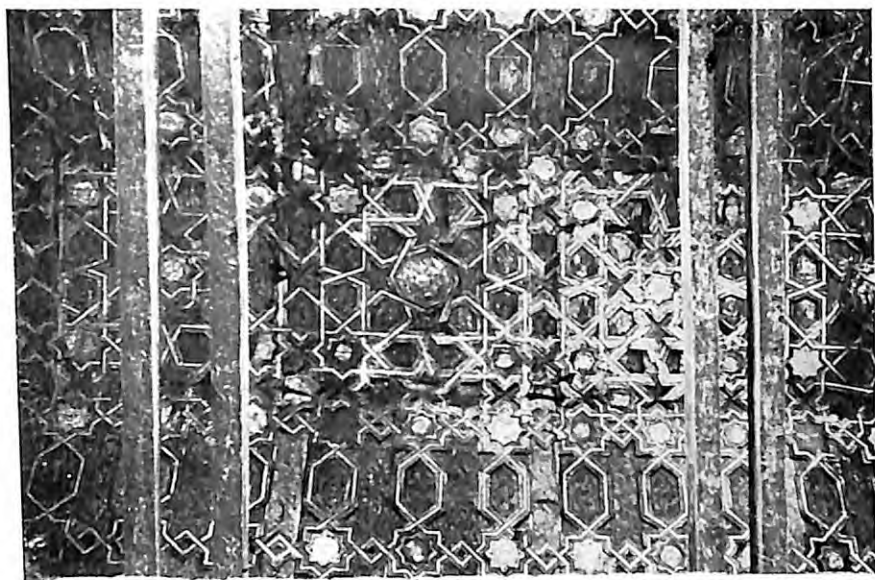


*L.A.M. VII. San Miguel de Iscar. Capiteles del arco toral
(For. del S. E. A. A.)*

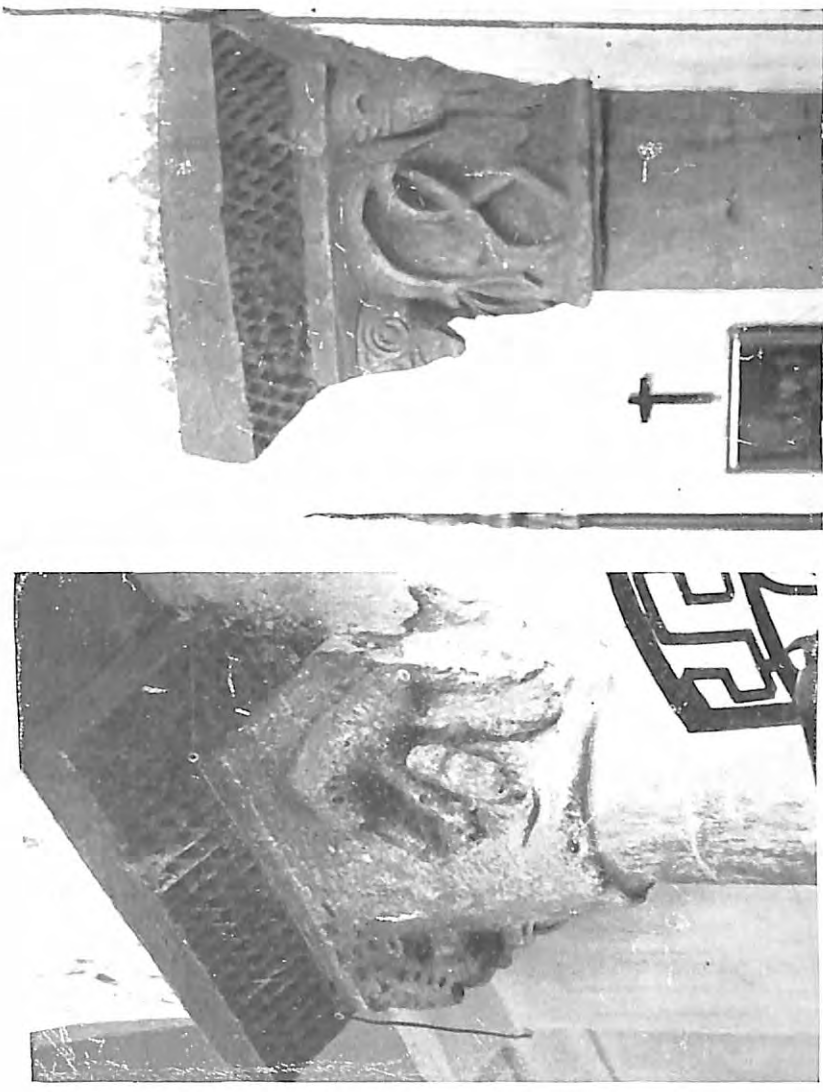
El pie de esta lámina
corresponde a la anterior.



L.A.M. IX.—Villafuerte de Esquieza. Cabeceira de su templo parroquial.
(Foto S. E. A. A.)



LAM. X.—Villafuerte de Esguera. Iglesia parroquial. Ventana de su ábside y artesonado de la nave.



LAM. XI.—Villafuerte de Esqueva. Iglesia parroquial. Capiteles del arco toral.
(Foto S. E. A. A.)